

ESPERANZA EN BUCAVU

Por: GRISÚ

Esperanza cumple hoy dieciséis años con demasiadas amarguras que olvidar. Ese sería su mejor regalo: la amnesia. Pero es difícil olvidar cuando a cada instante se agolpan en su mente los recuerdos, como si se hubieran enquistado dentro de su cabeza y ya no pudieran salir de allí nunca más. A veces asoma algún buen momento rescatado a la memoria, y sus labios se curvan en una extraña mueca que no consigue alegrar esa mirada siempre triste, tan apagada que parece no tener vida. Sus ojos son grandes y oscuros, y sin duda hubo alguna vez en ellos la luz de la inocencia, pero ahora son sólo el abismo insondable donde esconde los restos de dignidad que no consiguieron arrebatarse.

Se ocupa de su hijo sin apenas mirarlo. No tiene ningún sentimiento afectivo hacia él, simplemente lo parió e instintivamente lo cuida. En realidad no quiere a nadie, ni siquiera a sí misma. Pero al menos, ahora tampoco siente ese odio visceral por la vida como cuando llegó a la casa de acogida medio muerta a golpes, embarazada de seis meses y con el alma rota.

“Qué bien que ha sido chico –me dijo cuando nació el bebé– no le pasará nunca lo que a mí”. Pero si hubiera podido detener todo aquello... aquel infierno en el que derivó esta criatura... Esa carita redonda y sonriente siempre le recuerda a aquellos hombres, si ese niño no hubiera nacido tal vez fuera más fácil olvidar.

Sus lesiones físicas se han curado, pero la herida del alma continúa sangrando sin cesar. Nunca llora, se diría que no le quedan lágrimas. Nunca se queja, apenas habla, jamás opina, no le importa nada de lo que ocurre a su alrededor. Pasa sus días en el Hogar cuidando de todos los niños, porque algo ha de hacer para agradecer que cuiden de ella, le den comida y ropa, y la alejen de los soldados que tanto terror le causan. Pero se mueve como una autómatas, sin decidir qué paso dar, dejándose arrastrar por la inercia.

Están preparando para ella una pequeña fiesta. No sabe lo que es una fiesta, nunca antes había celebrado su cumpleaños. Habrá una comida especial y música. A ella le gusta mucho la música, desde niñita, siempre le gustó bailar al son de cualquier ritmo, hasta que le robaron la alegría. Ahora la música no hace que sus piernas se muevan, pero sí difumina los malos recuerdos hasta hacer que se sienta como antes de que unas botas militares pisotearan su infancia.

No le gusta hablar de lo que le pasó. Siempre pensó que era algo normal, que les pasa a todas las niñas por el simple hecho de ser niñas, que no sirven para otra cosa. Aún así se rebeló cuanto pudo a su cautiverio, pero no sirvió de nada. Sólo cuando la dieron por muerta pudo escapar, cuando ya su deseo de escapar casi había fenecido.

Cuando llegó al Hogar, más que su aspecto físico me impresionaron sus ojos, esa mirada vacía que en realidad decía tantas cosas de una vida truncada. Tardó semanas en hablar, y cuando le hacía las curas ni una vez salió de sus labios un quejido. Después se fue habituando a mí y me relató algunas cosas de su vida, sin dar demasiados detalles, pero lo suficiente para hacerse una idea del infierno por el que había pasado.

Aquí hay más niñas y jóvenes como ella, y mujeres de diversas edades, que han pasado por situaciones similares a la suya. En un país como este, en guerras continuas, la vida es complicada, pero si además eres mujer se convierte en una auténtica desgracia. Soldados, guerrilleros y hasta civiles violan impunemente a miles de mujeres y niñas, que en muchas ocasiones son asesinadas. Sobrevivir no es la mejor opción, ya que son rechazadas por sus familiares y abocadas a una vida de prostitución y miseria. Por eso las que consiguen llegar hasta el Hogar de Bukavu son, dentro de lo que cabe, unas privilegiadas.

Aquí han enterrado el pasado bajo las muchas lágrimas derramadas y miran hacia delante con ilusión, porque ya nada podrá ser peor que aquello por lo que han pasado y, por tanto, lo que venga será bienvenido. Van a la escuela, crían a sus hijos y tienen ilusión por el futuro. Pero Esperanza no ha sabido enterrar su pasado. No es capaz de salir de aquella pesadilla, y constantemente mira hacia atrás por miedo a que todo vuelva.

Yo me esfuerzo ahora en sacarla de ese abismo de tristeza en el que habita. Intento poner en su mente las ideas correctas, desentrañando palabra a palabra todo el dolor que tiene acumulado. Y ella a veces me da las gracias, porque por primera vez en su

vida se encuentra protegida, nota que avanza por un camino limpio donde ya no le pueden hacer daño, aunque la desconfianza nunca se vaya del todo. Creo que he conseguido penetrar por un resquicio de esa muralla que ha construido a su alrededor, y poco a poco va dejando que entre el aire.

En el patio hemos puesto una gran mesa con dulces y refrescos y todo el mundo picotea aquí y allá charlando animadamente. Los más pequeños corren por el sendero en busca del señor Abu, que viene cargado con juguetes recién traídos por los cooperantes. Un tren, una muñeca, una pelota... Esperanza mira a los niños corretear y vigila que no se caigan, mientras echa un ojo a una vieja muñeca con los pies descalzos y el pelo color naranja. Va hacia ella y se la quita de las manos a un niño, la abraza un poco, y se la devuelve. Probablemente en ese momento ha sido casi feliz.

Las chicas le traen un regalo: "Mira, Esperanza, te lo hemos hecho entre todas". Un vestido azul surge tras las risas de sus pizpiretas compañeras. "Qué lindo", dice maquinalmente, y me mira. "Vamos, a ver cómo te queda", la animo. Entramos en la casa y la ayudo a ponérselo. Se mira en el espejo y yo puedo leer en sus ojos: se ve realmente preciosa, como si no fuera ella sino otra persona la que estuviera dentro del vestido. Cuando salimos, la música ha empezado a sonar y algunas muchachas están bailando. Los pies de Esperanza se mueven sin querer, y en sus ojos asoma algo que quiere ser sonrisa.